

MICHELLE DURÁN

# LA BÚSQUEDA



FANDOM BOOKS

# LA BÚSQUEDA



1.ª edición: mayo de 2024

© Del texto: Michelle Durán, 2024

Publicado por mediación de Ute Körner Literary Agent.

Todos los derechos reservados.

© De esta edición: Fandom Books (Grupo Anaya, S. A.), 2024

C/ Valentín Beato, 21, 28037 Madrid

[www.fandombooks.es](http://www.fandombooks.es)

Diseño de cubierta: Alantaire, 2024

ISBN: 978-84-19831-10-1

Depósito legal: M-4703-2024

Impreso en España - *Printed in Spain*



*Reservados todos los derechos. El contenido de esta obra está protegido por la Ley, que establece penas de prisión y/o multas, además de las correspondientes indemnizaciones por daños y perjuicios, para quienes reprodujeren, plagiaren, distribuyeren o comunicaren públicamente, en todo o en parte, una obra literaria, artística o científica, o su transformación, interpretación o ejecución artística fijada en cualquier tipo de soporte o comunicada a través de cualquier medio, sin la preceptiva autorización.*

MICHELLE DURÁN

# LA BÚSQUEDA



FANDOM BOOKS



*Para mis lectores.  
Sin vosotros, este sueño no habría sido posible.*





**M**ordedor de Sombra avanzaba a gran velocidad. Llevaba meses entrenando solo para este momento. Habían sido largos días plagados de duras pruebas, de llevar su cuerpo al límite, de derrotar a los más temibles enemigos.

No sería fácil, pero ¿quién querría que lo fuera?

Era una mañana soleada, perfecta para hacer historia.

Su objetivo se encontraba en la montaña de la Muerte, a medio día de distancia de Dorada, la capital del reino. Todos susurraban a su paso: «Es una locura», «ha perdido la cabeza», «no lo conseguirá», «lo devorarán las bestias». Él hizo oídos sordos a las habladurías y acudió presto a su destino.

No le supuso un gran desafío llegar hasta la cima, dejando una ristra de cadáveres enemigos tras de sí. Entró en la caverna en la que lo esperaba su presa y...

Un rugido, una bandada de pájaros que huía despavorida.

«Te he estado esperando, amigo», pensó.

El Gran Rey Demonio, un híbrido de toro y serpiente de más de veinte pies de altura, se mostró ante él. De su cuerpo emanaban nubes de un gas venenoso mortal para cualquiera que soñara con acercarse a él. Para cualquiera menos para Mordedor de Sombra. Llevaba años administrándose veneno para inmunizarse.

Un atroz aullido fue el detonante de la batalla, y el espadachín se lanzó contra el monstruo. Guardalmas trató de cortarle la gruesa piel, sin éxito. Lejos de desanimarse, su espíritu se avivó.



Durante largos y agónicos minutos, solo se escuchó el tañido de Guardalmas. La lucha se encrudeció. Ningún monstruo era invencible, y el Gran Rey Demonio tenía que tener un punto débil. «Piensa», se dijo. «¿Cuál puede ser?». Y, por fin, lo encontró: una grieta. Su piel era dura en casi todo el cuerpo, pero los cartílagos de rodillas y brazos estaban desprotegidos. Descubierta el truco, el monstruo no tenía nada que hacer.

Mordedor de Sombra dribló un par de ataques y consiguió hacer un tajo en la parte trasera de la rodilla izquierda del monstruo, que lanzó un rugido como respuesta y perdió el equilibrio. Sin embargo, este fue tan profundo como Mordedor de Sombra había esperado.

Maldición, ¿qué demonios podía hacer para derrotarlo?

La inspiración llegó como un relámpago.

Con una última sonrisa triunfal y asiendo con fuerza a Guardalmas, se levantó y echó a correr hacia los pilares que sostenían el techo cavernoso. Empezó a cortar las piedras con la espada. Esquivó un par de ataques y se dirigió hacia las columnas restantes. El suelo empezó a temblar. Mordedor de Sombra tuvo el tiempo justo para sacar una cuerda de su macuto y sujetarse al único pilar que todavía permanecía en pie. Cuando la caverna no aguantó, el suelo se derrumbó. El monstruo cayó al vacío. Estaba a punto de conseguirlo. Un golpe. Un solo golpe y todo habría acabado.

Nada podría detenerlo.

Nada... salvo que, de repente, la luz decidiera dejar de funcionar.

Axel no podía creérselo. Un golpe. Había estado a un solo golpe de pasarse el nivel más difícil de *Las Crónicas del Heraldo*, el videojuego al que llevaba semanas enganchado. Arrojó el mando de la consola contra su cama, furioso. ¡Había faltado muy poco! Ahora tendría que empezar desde el principio, ¡y no tenía la suficiente paciencia!

No era posible que las luces de la casa hubieran dejado de funcionar por arte de magia; algo había tenido que pasar. Y estaba seguro de que ese *algo* tenía nombre.

Ben.

Axel abrió la puerta de su habitación, cruzó el pasillo como una flecha y se detuvo frente a la habitación contigua.

—¡Ben, capullo! —gritó. Golpeó la puerta—. ¡Sé que has sido tú! ¡Abre de una vez!

No tardó en ver cumplido su deseo. Al otro lado, apareció la persona causante de todos los problemas que aparecían en su vida: Ben, su estúpido hermano mellizo.

—¿Qué quieres? —preguntó. Cruzó los brazos con chulería y se apoyó en el marco de la puerta.

—No te hagas el tonto conmigo —gruñó Axel—. ¿Por qué se ha ido la luz?

—Ah, eso... Key, Conrad y Hill querían que les mostrara el sonido de mi nuevo UltraSound 10 000, y cuando lo he conectado a la corriente se han fundido los plomos. —Se encogió de hombros y se echó a un lado para que Axel pudiera observar el interior de su desastrosa habitación.

Entre un montón de carátulas de discos, revistas desperdigadas por el suelo, bolsas de patatas fritas y de gominolas se encontraban los puñeteros amigos de su hermano, los causantes de la gran mayoría de sus dolores de cabeza.

Conrad, Key y Hill eran amigos de Ben desde que tenía memoria. Se habían criado juntos y, pese a que se conocían de toda la vida, Axel nunca los había soportado.

—Sabes que ese equipo de música consume mucha electricidad —dijo Axel recalcando cada palabra como si estuviera hablando con un niño pequeño.

—Lo sé, ¿y? No es que estuvieras haciendo nada importante. —Ben sonrió con burla en lo que era una de sus mayores marcas personales—. Lo único que haces es encerrarte en tu habitación todo el día. Y a saber qué tipo de cosas turbias haces ahí dentro, perverso.

Axel apretó las manos en un puño, resistiendo las ganas de pegarle un puñetazo. Respiró hondo un par de veces y trató de fingir la mejor sonrisa de todo su repertorio.

—¿Sabes? Tú y tus amigos sois como un grano en el culo.

—¡Oye! —se escuchó desde el interior de la habitación.

—¡Cómo se pasa cuando quiere!

—Me ha roto el corazón.

Divertido por las reacciones de sus amigos, Ben se rio. Y la sangre de Axel alcanzó el punto de ebullición.

—¿Quieres algo más?

Axel le lanzó una mirada de completo desprecio. No merecía la pena meterse en una pelea contra él. Lo ignoró, volvió sobre sus pasos y se encerró de un portazo en su habitación.

¡Cómo lo odiaba!

La relación con su hermano nunca había sido la mejor, pero que interrumpieran su partida y se burlaran de él ya pasaba de castaño oscuro. Ambos eran muy distintos, por eso sus personalidades no hacían otra cosa que chocar entre sí. Pese a ser mellizos, cada uno era una cara de una misma moneda. Ni siquiera compartían los mismos rasgos físicos, mucho menos la personalidad. Era como si se hubiesen puesto de acuerdo y cada uno hubiera rescatado la característica que el otro había desechado. Mientras que Ben era don Popularidad, capitán del club masculino de atletismo del instituto y presidente del Consejo Estudiantil, Axel no era más que el friki solitario que se pasaba la vida jugando a videojuegos y viendo «esos extraños dibujos chinos de ojos grandes». Pelo castaño y sedoso para Ben, pelo oscuro como un cuervo para Axel. Ojos de un interesante color gris para Ben, ojos de un soso color miel para Axel.

El muy imbécil se había quedado con los rasgos buenos, ¡y eso que Axel había nacido el primero!

La mayoría del tiempo, a Axel le resultaba sencillo ignorar a Ben. Sin embargo, desde que su novia le había puesto los cuernos, su hermano estaba insoportable. Había sido una ruptura traumática, lacrimógena y blablablá. Fuera lo que fuese, no iba

con él. Lo único que le importaba era que antes Ben no ponía ni un pie en casa más de lo necesario y ahora no había quien lo sacara de ella. ¿Lo peor? No estaba solo. Sus estúpidos amigos no lo dejaban ni a sol ni a sombra.

Los cuatro eran como una plaga. Se quedaban con el mando de la televisión, arrasaban la cocina, y le dejaban apenas una manzana a medio comer, ensuciaban el baño y la casa, ¡y hasta fundían los plomos en el mejor momento de su partida!

Axel suspiró y se arrojó sobre su cama. Trataría de pasarse el videojuego un poco más tarde, cuando no estuviera tan enfadado y pudiera concentrarse. Pero no pensaba dejar las cosas así ni de coña. Cerró los ojos y empezó a pensar en la mejor manera de vengarse de su hermano. ¿Esconder alguno de sus discos favoritos? ¿Abrir los grifos mientras estuviera duchándose? ¿Encogerle la ropa en la lavadora? ¿Qué podía hacer para sacarlo de quicio? Ya empezaba a darse por vencido cuando una bombilla se le encendió en la cabeza... literalmente. La luz había vuelto.

Además, tenía un plan.

Si una chica había metido a Ben en casa, una chica lo sacaría.



**-iN** i hablar!  
Axel hizo un mohín con los labios y su voz adquirió un tono suplicante.

—¡Venga, Lissa! ¿Qué te costaría? Solo tendrías que salir con él durante un par de años, hasta que cumpla dieciocho y pueda largarme de esa casa llena de dementes.

—¡No!

—Pero...

—¡Que no! —Su amiga negó con tal vehemencia que las gafas de pasta negra se le escurrieron por el puente de la nariz y un par de mechones rubios se le escaparon de la coleta. Sus ojos castaños refulgían como el fuego.

—¿Por qué? Pero si cualquier chica estaría encantada de salir con él.

Lissa le lanzó una mirada mordaz y Axel chasqueó la lengua. Se sentía como un vendedor de coches de segunda mano que intentaba engañar a un inocente para que se quedase con un coche destrozado.

Había que joderse. Él suplicando. ¡A esos extremos lo llevaba la desesperación! Estaba dispuesto a lo que fuera con tal de conseguir que Lissa accediera a salir con su hermano.

Por desgracia, su amiga no pensaba dar su brazo a torcer.

—Me parece la peor idea que se te ha ocurrido desde que te conozco, Axel. Y te conozco desde hace muchos años.

—¡Es una idea brillante! —exclamó él.

—No lo es —sentenció su amiga.

Axel sabía que sería muy complicado convencer a Lissa, pero esperaba ablandarla poniendo un tono de voz suplicante y ojitos de cachorrito abandonado.

Maldición. Iba a costar más de lo que creía en un principio.

La idea era brillante. El desarrollo, no tanto.

Rendido por un momento, Axel removió el puré de patatas con aire distraído. No tenía muy buena pinta y hacía rato que se había enfriado, pero tenía hambre. Y jamás renunciaba a la comida. Se animó a probar un bocado y sacó la lengua, asqueado. Sabía aún peor de lo que parecía, aunque su sufrimiento no consiguió ablandar a Lissa.

Pese al silencio que se había instalado entre ellos, la cafetería del instituto era un hervidero a esas horas. Los estudiantes, que llenaban el comedor con sus gritos, iban y venían con bandejas repletas.

En general, Lissa y Axel no solían ser tan taciturnos. De hecho, se pasaban el día gritándose el uno al otro. Se conocían desde antes incluso de que se les cayeran los dientes de leche, así que no se andaban con delicadezas. Eran prácticamente inseparables, como una calcomanía, como Batman y Robin o Mike Wazowski y Sulley. Por eso, a la hora de elaborar su venganza, la primera persona en la que Axel pensó fue en Lissa. Con ella de su parte, estaba seguro de que su plan saldría bien.

Sin su amiga, estaba en un callejón sin salida.

—¿A qué viene este silencio tan tenso? ¿Ya os habéis peleado otra vez?

Un chico bajito y poco reseñable estaba frente a su mesa con la bandeja en ristre. Tenía una mueca divertida en el rostro.

Dave ya estaba más que acostumbrado a sus peleas. Era el tercer vértice del triángulo, el único otro amigo que Axel tenía. Siempre habían sido Lissa y él, pero cuando Dave llegó nuevo al instituto tres años atrás y quedó más que claro que sus habilidades para socializar eran igual de desastrosas que las de ellos, lo acogieron en el grupo.

Se podía decir que no estaban en lo alto del escalafón social del instituto. A ojos de los demás, solo eran Dave el Empollón,

Lissa la Borde y Axel el Friki. No solían invitarlos a muchas fiestas, no.

—¿Y bien? —insistió su amigo. Dejó la bandeja en la mesa y tomó asiento—. ¿Por qué ha estallado la guerra esta vez?

—Es este idiota —se adelantó Lissa. No lo miró, así que Axel aprovechó y le sacó la lengua—. Ayer se peleó con Ben y hoy viene rebotado.

—¡Tú también lo estarías si te hubieran estropeado la partida!

—Por última vez, Axel, no te quito la razón, ¡lo que no me parece bien es tu ridículo plan!

—¡No es ridículo! Es matar dos pájaros de un tiro: me vengo de Ben y, encima, me libero de él.

—¿Qué clase de venganza es buscarle novia?

—Es...

—A ver —lo cortó Dave antes de que ambos volvieran al ataque—, me he perdido. ¿Qué has planeado esta vez?

Axel le explicó su idea a Dave. Su amigo lo escuchó con atención, aunque Lissa no paraba de interrumpirlo argumentando lo absurdo que era y la cantidad de cosas que podían salir mal.

—¿Y bien? ¿Lo entendéis ahora? —preguntó Axel—. Es una especie de venganza, porque lo manipulo sin que se dé cuenta y lo hago quedar como un tonto y, al mismo tiempo, es provechoso para mí porque me traerá la paz. ¿Verdad que no es absurdo?

Para sorpresa de todos, su amigo negó con la cabeza.

—No. De hecho, creo que es de tus mejores ideas.

—¿Qué...?

—Lo sabía —Axel interrumpió a Lissa y se dirigió a su amigo con renovadas esperanzas—. ¿Eso quiere decir que me vas a ayudar?

—Sí. Aunque me parece que tendrás que olvidarte de Lissa. No creo que sea el tipo de tu hermano. Pero tengo una idea.

Ahí estaba Dave, el chico que tenía en el cerebro lo que le faltaba de altura: era un pequeño Einstein en potencia.

—Estáis locos. —Lissa negó con la cabeza—. Sorpréndeme. ¿Qué idea se te ha ocurrido ahora?

—Tu hermano es el capitán del club masculino de atletismo, ¿no? ¿Por qué no intentas juntarlo con Johanna Brians? Es la capitana de las chicas.

Axel guardó silencio mientras sopesaba las posibilidades. Tenía todo el sentido del mundo. Johanna Brians se parecía a Ben: las mismas aficiones, el mismo grupo de amigos, los mismos aires de grandeza. Si empezaban a salir juntos, irían a aburridas competiciones deportivas donde hablarían de deporte, se casarían en una pista de atletismo y tendrían pequeños atletitas que participarían en las Olimpiadas.

El plan de Dave era como una especie de cliché perfecto de película romántica.

—Ya lo entiendo... —murmuró Lissa, pensativa. Después, sonrió como el gato de Cheshire, y le puso los pelos de punta—. Dime, Axel. ¿Cómo vas a acercarte a ella?

Esa era una buena pregunta.





**A**xel nunca se le había dado bien hablar con chicas... o con cualquier ser humano, en general. De hecho, estaba convencido de que su hermano se había llevado todo el encanto de los Waters. Pero si quería que el plan de Dave funcionara, tendría que hacer el pequeño gran esfuerzo de hablar con Johanna.

Si hubiera prestado un poco más atención a Ben y a sus amigos, podría haber aprendido todo lo que había que aprender sobre chicas y citas. El cuarteto era tan famoso en el instituto como los Beatles y, por supuesto, actuaban como tal. Era una de las muchas cosas de ellos que lo irritaba.

La música estaba tan alta que Axel la escuchaba incluso a través de los auriculares. Llevaba sonando casi una hora, y ya había llegado a un punto en el que no se podía ignorar más. Si no hacía algo, estaba seguro de que los vecinos no tardarían en llamar a la puerta. Molesto, pausó su partida y se levantó rumbo al origen del escándalo.

Ben, Hill Anderson y Key Parker estaban tirados sobre el suelo de la habitación de Ben, rodeados de todo un arsenal de comida basura y revistas deportivas. La puerta estaba abierta, lo que explicaba por qué la música sonaba tan alta incluso desde el otro lado del pasillo.

—¿Puedes bajar eso? —preguntó Axel.

Ben alzó la vista de la pantalla de su móvil.

—¿El qué?

—Ya lo sabes.

—No. No sé a qué te refieres.

Axel apretó la mandíbula.

Key soltó una risita divertida.

—¿Acaso te molestamos? ¿Estás hablando con alguien? ¿Tú?

No contestó; no pensaba entrar en ese juego. Conocía a Key lo suficiente como para saber que lo único que pretendía ese rubio idiota era sacarlo de sus casillas.

Ah, sí. Definitivamente, de todos los amigos de su hermano, Key Parker era el peor.

Todo lo que sabía Ben, lo sabía gracias a Key. Era el tipo de persona que en todo momento tiene un aire de prepotencia insoportable, el más creído de todos los amigos de su hermano y el más popular: el instituto entero parecía reverenciar el suelo que pisaba. Axel no sabía por qué le gustaba tanto a todo el mundo. Sí, era rubio, alto y tenía los ojos del azul más claro que había visto en toda su vida, pero no tenía cerebro. Puede que la belleza fuera importante para los demás, pero él pensaba que de nada servía si no se podía mantener una conversación seria con él.

Llevaba años sin intentarlo.

—Tan solo baja eso y ya —dijo al fin mirando a Ben—. Van a quejarse los vecinos y no quiero tener movida.

—Que sí, que sí —contestó Ben, pero no le hizo caso. En lugar de bajar la música, se inclinó sobre Hill para enseñarle el móvil y este último soltó una carcajada.

Y ahí estaba el otro componente del trío de idiotas: Hill Anderson. Si Key era el guapo y popular, Hill era el gracioso encantador, el típico payaso de la clase al que todo el mundo adoraba.

Axel no entendía cómo Conrad, siempre tan serio, los aguantaba. Era el único del grupo que no encajaba. Aunque eso no hacía que le cayera mejor. Todo aquel que fuera amigo de su hermano se convertiría automáticamente en su enemigo.

—Es guapa —dijo Hill—. Pero no tienes nada que hacer con ella. No se va a fijar en ti.

—¡Venga ya! —se quejó Ben—. A ti lo que te pasa es que estás celoso.

—¿Hola? —preguntó Axel. No podía creerse que lo estuvieran ignorando de esa forma—. Que sigo aquí.

—Ah, ahora sabes lo que se siente —suspiró Key pasando la página de una revista de forma dramática—. Es horrible que te ignoren. De este par sí que me lo esperaba, pero ¿de ti? Qué decepción.

Axel tardó unos segundos en darse cuenta de que le estaba hablando a él.

—¿Perdona?

—Estás perdonado, Alex. Solo asegúrate de no pasar de mi cara otra vez.

Alex.

Alex.

«Será imbécil».

—Me llamo Axel.

—Hacedme un hueco, tíos. —Ignorándolo, Key se acercó y se situó justo entre medias de sus dos amigos—. ¿Esta? Es inalcanzable para ti, Ben, lo siento.

Su hermano lanzó un grito indignado mientras Hill y Key se echaban a reír.

Molesto, recorrió la habitación de Ben en un par de zancadas y desconectó el equipo de música. Ninguno de los otros chicos hizo nada para impedirlo. Estaban demasiado enfrascados en una discusión sobre culos y tetas, y Axel había pasado a ser poco más que un mosquito molesto.

Si a lo largo de la tarde había pensado durante un segundo que igual Lissa tenía razón y que no le apetecía acercarse a hablar con Johanna, ahora ya no tenía ninguna duda.

«Sacaré a Ben de casa», pensó mientras volvía a su habitación. «Lo sacaré y así me aseguraré de que ni él ni sus amigos vuelvan a molestarme. Dios. No los soporto. Realmente no sé quién me cae peor».

Alex.

«Bueno, igual sí».

Para cuando Axel cerró la puerta y se sentó de nuevo en la silla frente al escritorio, la música volvía a sonar incluso más alta que antes.

Cuando sonó el timbre, Axel recogió sus cosas a toda prisa y se dirigió hacia el gimnasio con la esperanza de localizar a Johanna antes de que empezara el entrenamiento del club. Por suerte, no tuvo que esperar mucho; la chica apareció poco después, acompañada del resto del club de atletismo. Pero, como si se tratara de un mueble, el grupo pasó por delante y ninguna de las chicas reparó en su presencia. «Vaya. Conque así están las cosas, ¿eh?», pensó con ironía.

No pensaba rendirse, y menos después de lo del día anterior.

Soltando un improperio en voz baja, echó a andar hacia las chicas y, en un impulso, agarró a Johanna del brazo para evitar que entrara en el gimnasio.

—¿Se puede saber quién...? —Johanna se giró molesta, pero, cuando comprobó quién era el que le había hecho parar, una sonrisa divertida se asomó por entre sus labios. Axel sintió un escalofrío. Las chicas podían ser temibles. No había más que observar a Lissa durante un par de segundos para darse cuenta de ello.

—Eh... ¿Johanna? ¿Puedo hablar contigo? —preguntó, soltando el brazo de la chica.

Las compañeras de Johanna dejaron escapar risitas absurdas. Seguro que se pensaban que tenía intención de declararse a la capitana... ¡Pues que esperaran sentadas! Axel jamás sería tan estúpido como para declararse a alguien. Mientras tuviera videojuegos y mangas podría sobrevivir perfectamente sin amar a nadie durante toda su vida. Si ese angelito gordo al que la gente llamaba Cupido se atrevía a lanzarle una flecha, se la devolvería, pero clavada en sus flácidas posaderas.

Johanna asintió y les hizo un gesto a las demás chicas para que se marcharan, y estas, después de soltar unos cuantos murmullos

molestos por perderse la diversión, obedecieron. Una vez solos, Johanna lo miró de brazos cruzados.

—¿Qué quieres?

—¿Conoces a mi hermano? —preguntó Axel.

—¿A Ben? —Johanna se mostró sorprendida—. Claro que lo conozco. Todo el mundo conoce a Ben. ¿Por qué me lo preguntas? —Bingo. Por mucho que tratara de aparentar indiferencia, Johanna parecía muy interesada en la conversación. Axel soltó una risita en su cabeza. Había personas muy predecibles.

—Resulta que el otro día se le escapó que le parecías muy interesante, pero que no se atreve a pedirte salir. Así que se me ha ocurrido hacer un poco de alcahueta y, no sé, igual podríais quedar algún día... —continuó Axel esforzándose en modular la voz. Si dejaba ver lo desesperado que estaba por alejarse de su hermano, ella sospecharía. A nadie le resultaba un misterio la relación de enemistad de los mellizos—. Si tú quieres, claro —se apresuró a añadir.

Johanna no le contestó, aunque tenía las mejillas rojas.

Casi casi.

Axel tomó aire y abrió la boca para cerrar la cita. Sin embargo, apenas tuvo tiempo de pronunciar una sola sílaba. Ya estaba paladeando la victoria cuando la puerta del gimnasio se abrió, sobresaltándolos.

—Johanna, te llama la entrenadora —dijo un chico tan bajito como Dave al que no había visto en su vida. No se molestó en marcharse para que pudieran terminar con la conversación.

—¿Ahora? Estaba a punto de... —empezó Johanna, con un enfado más que evidente plasmado en su rostro.

El chico negó con la cabeza. No parecía sentirse intimidado por ella.

—Ahora. Si no vas, se enfadará.

—Bien, vale, iré. Más te vale que sea importante. —Johanna resopló. Apartó al chico de un empujón y entró en el gimnasio.

Genial. Acababa de perder una oportunidad única. Miró al enano con rabia mientras el irrefrenable deseo de estamparle la

cara contra la puerta se abría paso en sus entrañas. Fue una primera impresión compartida, ya que el chico miraba a Axel como si se tratase de un molesto chicle pegado a la suela del zapato.

El duelo de miradas improvisado no duró mucho; el recién llegado fue el encargado de romperlo.

—No te entrometas —dijo justo antes de desaparecer por la puerta y cerrarla de un portazo.

«¿Qué narices ha sido eso?», pensó. Seguro que había ido a toparse con uno de los estúpidos admiradores de Johanna. El crío ese debía de haber escuchado la conversación y, en cuanto había visto que Johanna iba a acceder a salir con Ben, no lo había soportado. Había estado cerca, pero no se iba a rendir. ¡No, señor! La próxima vez solo tendría que asegurarse de que no hubiera ningún admirador tocapelotas cerca en el momento en que Johanna fuera a aceptar la invitación.

Axel gruñó y comenzó a alejarse. Sin embargo, no pudo llegar muy lejos. Johanna le silbó desde la puerta del gimnasio.

—Hablaré con Ben.

Axel asintió, demasiado sorprendido como para articular palabra alguna. Y así, tan rápido como había llegado, Johanna dio media vuelta y lo dejó solo en el pasillo.



**L**a voz de Lissa estaba plagada de impaciencia:

—Entonces, ¿ha funcionado o no?

Aunque tratara de ocultarlo alegando que la idea no saldría bien, Axel estaba seguro de que en realidad Lissa se moría de curiosidad.

Ella era la primera persona a la que había buscado para contarle lo de Johanna. Su amiga era la capitana del club de kárate del instituto y, en apenas un par de meses, tendría la primera competición de la temporada, así que prácticamente vivía en el gimnasio. Si quería verla, no le quedaba más remedio que pasar las tardes allí metido.

—¡Venga, Axel! —Lissa lo zarandeó—. Sabes que solo tengo un par de minutos de descanso, así que dímelo de una vez.

—¿Sabes? —preguntó, paladeando el momento—. Eres muy agresiva. —Lissa gruñó y Axel decidió que ya la había hecho sufrir lo suficiente—. Más o menos —contestó por fin—. Johanna va a hablar con él, pero casi no lo consigo. Cuando estaba hablando con ella ha aparecido un chico y la ha llamado. Salía del gimnasio, así que me imagino que pertenece a algún club. Igual tú lo conoces. Es bajito como Dave, tiene los ojos verdes y cara de mala leche.

Lissa le lanzó una mirada confundida.

—¿Te refieres a Nico Rush?

—Supongo. ¿Has oído hablar de él?

—Sí, es un año menor que nosotros. No es que tenga muchos amigos, y, ahora que lo pienso, tampoco se le dan demasiado bien

los deportes... —murmuró Lissa, pensativa—. Creo que recoge las toallas del club masculino de atletismo. Al parecer, fue él quien solicitó el puesto. Me lo contó Katty, que está en el club femenino.

Axel torció el gesto.

—Qué asco —dijo—. ¿Quién querría recoger las toallas por voluntad propia?

—Ni idea.

—Bueno, si te paras a pensarlo, tiene sentido. Solicitó el puesto porque está coladito por Johanna, seguro.

—¿Tú crees?

—Claro. Es Johanna de quien estamos hablando, ¿verdad? Es muy guapa.

O, al menos, eso era lo que todo el mundo decía. Él nunca se había parado a pensar si compartía la opinión general o no. En realidad, ¿le había parecido guapa alguna chica antes? Suponía que sí, ¿no? Daba igual. Tampoco le interesaba demasiado ese tema. Cuanto más lejos estuviera el género femenino de él, mejor. Si empezaba a salir con alguna chica, seguro que insistiría en que pasara menos tiempo jugando a videojuegos o leyendo mangas y más teniendo citas con ella y acompañándola a ir de compras, que era lo que siempre hacía Lissa. Y sí, claro que Axel sabía que no todo el mundo compartía las mismas aficiones y que había chicas tan distintas como personas existían, pero a falta de otro tipo de experiencia, solo tenía la referencia de su amiga. Y no le apetecía mucho arriesgarse.

Lissa se encogió de hombros. Se amarró con más fuerza la coleta y estiró los brazos por encima de la cabeza.

—¿Has hablado ya con Dave? —preguntó—. Ya sabes, para contarle tus progresos.

—Aún no lo he visto, pero luego le escribo y lo pongo al día. —Axel guardó silencio unos segundos. Y luego sonrió—. Dime, ¿te ha molestado que se pusiera de mi parte?

—¡No! —exclamó Lissa, tan agudo y rápido que no engañó a nadie—. No me importa. Allá vosotros con vuestras estúpidas ideas. No quiero saber nada más.



—Venga, Lissa, no te enfades. Sabes que, por lo general, siempre está de tu lado.

—Que no me importa —repitió ella—. Hale, ahora lárgate. Tengo que empezar el entrenamiento y me molestas.

Axel sabía que mentía, pero decidió no seguir insistiendo más. Lissa le pateó el trasero a modo de despedida y él, tras quejarse y llamarla bruja, salió del gimnasio.



**-¡E** s cierto eso que dicen? ¿Has estado hablando con Johanna?

Era viernes por la tarde y Axel había esperado, con cierta inocencia, que su hermano y sus amigos le dieran un respiro.

Key Parker estaba en casa de los Waters.

Para variar.

Los amigos de Ben llevaban toda la semana visitándolo y poniendo a prueba su paciencia. Gorroneaban la comida, se adueñaban del salón y no se iban hasta bien entrada la noche, cuando Axel ya no podía más.

La situación había generado más de una discusión en casa. Estaba harto de verlos por ahí, y así se lo había gritado a Ben una tarde en la que había ido a la cocina en busca de sus galletas favoritas para darse cuenta de que ya no estaban. No había que ser Sherlock Holmes para descubrir al culpable, así que Axel había corrido escaleras arriba y ahí estaban los imbéciles de Ben y sus amigos con el paquete (ahora vacío) tirado en el suelo.

—¡Esas galletas eran mías!

—Las galletas no son tuyas. Lo que hay en la cocina nos pertenece a todos —había dicho Ben quitándole hierro al asunto con un aspaviento.

—¡No a tus amigos!

—Vaya, ¿gracias? —había bromeado Hill.

—Tío, lo siento. No pensábamos que te fuera a sentar mal —se había apresurado a añadir Conrad, pero Axel estaba tan enfadado que sus disculpas cayeron en saco roto.

—Ignoradlo. —Key había puesto los ojos en blanco, como si la conversación no fuese con él—. Para Alex somos poco menos que un par de perros.

—¡Es Axel! Dios, ¡no respetáis nada! ¿Es que no tenéis casa? ¡Estáis siempre aquí!

—Eh, no tires por ahí, Axel —lo había cortado Ben, ahora serio—. Mis amigos pueden estar aquí tanto tiempo como me dé la gana. Además, papá y mamá los adoran.

—Eso es porque no los conocen como yo. Además, esta también es mi casa y yo no suelo molestaros como vosotros. Hay algo que se llama respe...

—¿Y? —lo había interrumpido—. Si quisieras traer a gente, podrías. Pero claro, ¿a quién vas a invitar? No es culpa nuestra que seas un antisocial aburrido.

Axel se había negado a discutir más. Molesto, se marchó dando un fuerte portazo.

De eso hacía ya dos días, y se había asegurado de no coincidir otra vez con Ben y sus amigos. Pero ahora solo estaba Key con él, y Axel tenía hambre, así que acababa de bajar a la cocina por primera vez en toda la tarde. No contaba con encontrárselo allí.

La suerte no estaba de su parte ese día.

Bueno, ni nunca, en general.

Key estaba apoyado sobre una de las encimeras, con su sonrisa prepotente tan característica pintada en el rostro y las cejas alzadas en un arco burlón.

Axel abrió la nevera en busca de una lata de refresco, ignorándolo a propósito.

—¿No crees que es demasiado para ti? —continuó el rubio al ver que guardaba silencio—. Ya sabes. Alta, pelirroja, explosiva. Un chico como tú no puede con una chica como ella. Te haría pedacitos con sus uñas postizas. Además, ¿no te has enterado de que va a salir con Ben?

—Ni lo había escuchado... —dejó caer Axel. Cogió la lata y cerró la nevera. Sin mirar a Key, se dispuso a marcharse, pero el rubio se movió y se paró frente a la puerta.

—No sabía que fuera tu tipo.

Axel se mordió la cara interna de las mejillas para evitar perder la paciencia.

—¿Puedes quitarte? Molestas.

—Johanna no es el tipo de Axel. —La voz de Ben los sorprendió a ambos. Su hermano entró en la cocina y se sentó en una de las sillas que había alrededor de la mesa. Sonreía de manera divertida—. De hecho, ¿tú crees que tiene algún tipo? Real, me refiero. Alguien que no esté en 2D.

—¿Acaso ha mostrado interés por algún ser humano alguna vez? —Key miró a Ben, de nuevo con esa sonrisa tan odiosa.

—Me parece que tiene amigos. Tienes amigos, ¿verdad, Axel?

—Lo que no tengo es tiempo para aguantar vuestras tonterías.

—Venga, di la verdad. ¿Por qué estabas hablando con ella? —volvió a la carga Key—. No me digas. ¿Estás celoso porque va a salir con Ben? —El rubio hizo un puchero—. Pobrecito, ¿quieres que salgamos tú y yo para que no te sientas tan solo?

Ben soltó una carcajada.

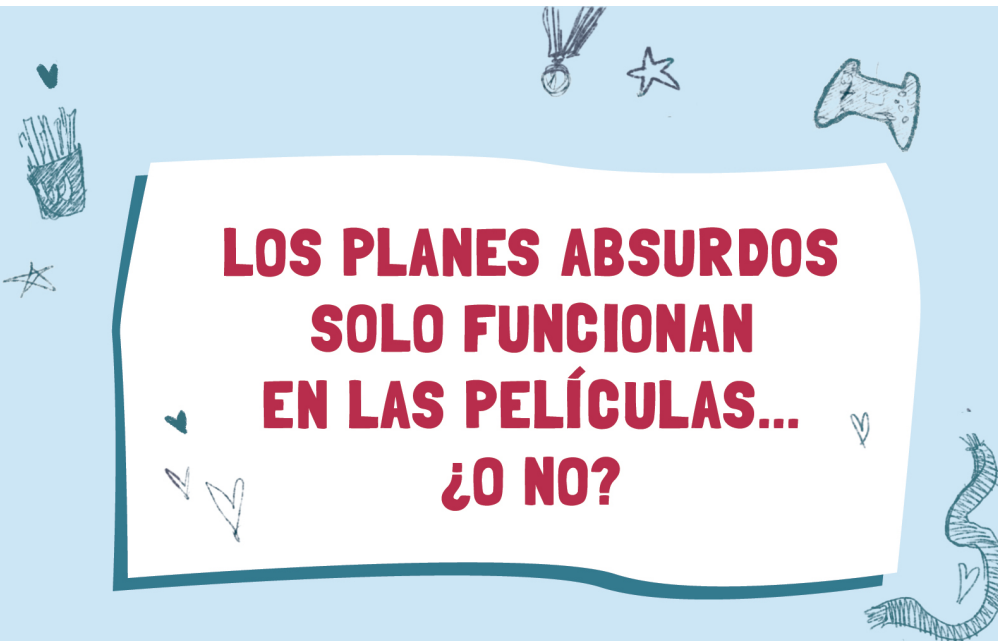
Y su paciencia se esfumó.

—Vete a la mierda, imbécil —estalló. Le pegó un empujón con el hombro y lo apartó de delante de la puerta—. Y tú también, estúpido —dijo, mirando esta vez a Ben.

—Guau. El gatito tiene garras —se burló Key. Axel le sacó el dedo corazón y desapareció por el pasillo.

Estaba seguro de que Key no necesitaba ayuda para ligar, pero, si al final salía bien el plan de Dave, estaba dispuesto repetir la jugada y a hablar con medio instituto, parte de Inglaterra y toda Escocia con tal de conseguir que Key Parker también desapareciera de su vida.

Necesitaba que la cita entre Ben y Johanna saliera bien. Su salud mental dependía de ello.



# LOS PLANES ABSURDOS SOLO FUNCIONAN EN LAS PELÍCULAS... ¿O NO?

Los mellizos Waters son opuestos: Ben es el más popular del instituto; Axel, un bicho raro en toda regla. No se llevan nada bien, lo cual no suele ser un problema... hasta que Ben rompe con su ex. Ahora se pasa el día en casa con sus amigos, que son insoportables. Sobre todo Key Parker: estrella de atletismo, irritantemente carismático e injustamente atractivo.

A Axel se le ocurre que, si le consigue a Ben una nueva novia, logrará distraerlo y sacar a esa panda de gorilas de su casa. Pero para eso tendrá que socializar, que no es precisamente su fuerte. Y tampoco ayuda que, por algún inexplicable motivo, Key Parker no deje de aparecer cuando menos se lo espera.

**La historia que ha cautivado a más  
de 300.000 lectores**



**FANDOM BOOKS**

[www.fandombooks.es](http://www.fandombooks.es)